

Escenario político tras las elecciones

El pasado domingo 24 de mayo se celebraron las elecciones municipales, a las que estaban convocadas casi 35 millones de personas en unas 3.200 entidades locales, así como cerca de veinte millones de electores en trece elecciones autonómicas. En un año electoral tan importante como es el 2015, con las elecciones generales en el horizonte del otoño, estos comicios municipales y autonómicos tenían una relevancia especial. Es evidente que las elecciones europeas de hace un año y los sondeos de opinión de los últimos meses apuntaban a un cambio de escenario político. Pero hacía falta un test serio, como estas elecciones locales, para medir la solidez de las tendencias intuidas o esbozadas. Concretamente, y por focalizar una única cuestión, se trataba de ver el grado de desgaste de los grandes partidos o, dicho de otro modo, de sopesar el caída del bipartidismo. En las elecciones municipales de 2007, la suma de PP y PSOE supuso el 72,5% voto válido emitido, pasando a un 65,3% en 2011 y ahora a un exiguo 52%. Respecto a las últimas elecciones municipales, el PP cae más de diez puntos porcentuales y casi dos millones y medio de votos, mientras que el PSOE pierde el 2,5% y unos 700.000 de votos.

Dada la complejidad de estas elecciones y la dificultad para sacar conclusiones generales a partir de unos comicios que son, por definición, locales, vamos a centrar nuestro comentario editorial en ofrecer algunas claves de análisis que ayuden a los lectores a reflexionar por si mismos a partir de estos resultados. Lo haremos indicando algunos ejes, concretamente cinco, a los que conviene estar atentos. Los expresamos en forma de polos duales que indican una cierta tensión, no necesariamente negativa; algo así como los focos de una elipse que permiten mantener un equilibrio dinámico.

Eje fragmentación-gobernabilidad

Un primer elemento a considerar es la polaridad entre la fragmentación del voto y la gobernabilidad de los concejos municipales y las cámaras autonómicas. Han desaparecido las mayorías absolutas en todos los parlamentos autonómicos y en las principales ciudades de España. Y esto significa un cambio muy significativo en nuestro panorama político. Como varios de los responsables políticos han señalado, ya en la misma noche electoral y con grados diversos de credibilidad, entramos en una nueva etapa que exige diálogo y búsqueda de acuerdos. Nos parece que el asunto no se limita a la aritmética electoral, sino que supone un cambio en la cultura política. La ciudadanía exige otro modo de hacer.

El sistema político-electoral surgido de la transición primó la estabilidad y la gobernabilidad, favoreciendo con claridad a los grandes partidos, frente a una representación más directa que tiene cierto riesgo de fragmentación. A pesar de ese sistema electoral, que sigue favoreciendo a los grandes frente a los pequeños, el mapa electoral es hoy mucho más plural que en décadas anteriores. Si nos centramos en las elecciones autonómicas, puede verse el caso de las Islas Baleares, con ocho fuerzas con representación parlamentaria; Aragón y Navarra tienen siete grupos en la cámara autonómica, mientras que los nuevos parlamentos de Asturias y de Castilla y León cuentan con seis cada uno. Este hecho enriquece, sin duda, la pluralidad y la riqueza de unos parlamentos que se hacen así más cercanos a la complejidad de la ciudadanía. Al mismo tiempo, dificulta la formación y, quizá, la estabilidad de los gobiernos que de aquí salgan. Ahora bien: conviene recordar que una es la función del poder ejecutivo (elegido en nuestro sistema electoral de manera indirecta) y otras las funciones legislativas y de control que tienen los parlamentos, como representación de la soberanía popular. No todo se juega en las mayorías nítidas, que tienen riesgos evidentes, como la práctica de los últimos años nos ha ido mostrando.

Eje renovación-estabilidad

El cambio del escenario político español tiene una fecha, mayo de 2014, y un nombre propio, la irrupción de Podemos en el Parlamento europeo. Desde entonces se abren nuevas posibilidades, expectativas, tonalidades e incertidumbres en nuestro panorama político. El ascenso posterior de Ciudadanos en las encuestas supuso también una fuente de incertidumbre y una bocanada de aire fresco. Los resultados electorales de mayo de 2015 muestran a estos dos nuevos partidos como la expresión de un deseo manifiesto de cambio. Han logrado encauzar el descontento y la ilusión (las dos cosas), han desgastado el poder de los grandes partidos mayoritarios y, sin exagerar mucho, han barrido del mapa a UPyD y, en su tanto, a Izquierda Unida, que han salido de estas elecciones como fuerzas residuales y con un horizonte muy incierto (si bien Izquierda Unida mantiene cierta presencia en el nivel local). Es claro, pues, que Podemos y Ciudadanos representan las ansias de cambio de la población. Llámese regeneración, proceso constituyente, reforma integral, nueva política o como quiera llamarse, lo cierto es que ha irrumpido la novedad.

Hay una nueva política (nuevos partidos, nuevos estilos, nuevos rostros, nuevos modos de organización...) que debe modificar ciertos hábitos de la vieja política. Pero no se acaba ahí la historia. Ahora que ya han entrado en el marco institucional, ¿mantendrán la frescura inicial o acabarán reproduciendo viejos tics? El caso de Podemos muestra que, en estos meses, ha debido modificar su programa, haciéndolo más pragmático y posibilista, y su estructura organizativa, apostando por un modelo más centralizado y menos asambleario. Por su parte, Ciudadanos suscita aún más incógnitas, en parte porque no está clara la consistencia de su base social y porque persisten las dudas de que no se trate de un simple aunque inteligente producto de mercadotecnia electoral. En ambos casos, existe la posibilidad de que simplemente ocupen el espacio previamente asignado a Izquierda Unida y a UPyD, lo cual sería tremendamente decepcionante. Y no porque estas dos fuerzas políticas no hayan realizado una tarea encomiable que debe ser reconocida y

valorada (como expresión de la pluralidad social, como fuerza de control minoritaria y, en muchas ocasiones, como aguijón crítico ante la corrupción). Sino porque, si tal fuera el caso, volveríamos pronto a un mapa semejante al de la vieja política que se pretende renovar. Podemos y Ciudadanos tienen una gran responsabilidad en este campo y, si queremos avanzar a una renovación profunda, no deberían descartarse acuerdos o entendimientos entre ambas formaciones.

Eje izquierda-derecha

Numerosos titulares de prensa han indicado que estas elecciones han supuesto un giro a la izquierda. Es cierto que el Partido Popular sigue siendo la fuerza más votada, pero su retroceso ha sido manifiesto. Incluso el hipotético apoyo de Ciudadanos (dudoso, dado que teóricamente se sitúa en el centro-izquierda y se ha mostrado muy crítico con la corrupción que anida en las filas del PP) resultaría insuficiente para gobernar en la mayoría de los lugares. En este punto no ha habido cambio: el PP sigue siendo la fuerza política que aglutina todo el voto de derechas. Ninguna otra consigue dar cauce al electorado liberal, conservador, democristiano, de centro-derecha, de extrema derecha o populista de derechas; toda esa amalgama permanece en la órbita del PP. Esa es su fuerza. Y también su limitación. Porque eso mismo le incapacita para llegar a acuerdos con las demás fuerzas, exceptuando en ocasiones a los nacionalista de centro-derecha: en nuestro contexto, el PP debe gobernar solo o, de lo contrario, las alianzas juegan siempre en su contra.

Las izquierdas están más fragmentadas en el voto, y ahí está su debilidad; pero eso mismo les permite sumar apoyos que modifican las mayorías de gobierno, y ahí está una de sus fortalezas. Pueden obtener el gobierno de más de la mitad de las capitales de provincia, incluyendo media docena de las más importantes del país, lideradas por candidaturas unitarias municipalistas, así como en seis comunidades autónomas. Durante décadas el PSOE ha pretendido ser la casa común de la izquierda y, de un modo u otro, lo ha ido logrando excepto cuando la

Izquierda Unida de Julio Anguita acarició la posibilidad del *sorpasso*. La situación ahora es distinta, gracias a la irrupción de Podemos y de las candidaturas ciudadanas. Y conviene no engañarse: una cosa es que Podemos tienda a la transversalidad y hable de sustituir el esquema izquierda-derecha por el esquema arriba-abajo, y otra muy distinta es que sea un partido sin ideología o neutro en este terreno. Identificarlos como extrema izquierda o izquierda radical puede ser un calificativo interesado, pero llamarlos «nueva izquierda» posiblemente sea más ajustado que agruparlos con la etiqueta difusa de populismo.

Eje campo-ciudad

Los resultados de unas elecciones locales son muy difíciles de extrapolar y, en todo caso, no es algo automático. La campaña, los candidatos, los programas, el sistema de cómputo electoral..., todo es distinto. Así pues, hay que ser cuidadosos. No sirve el recuento global ni tampoco es suficiente limitarse a analizar las plazas más significativas. Pero es conveniente hacer algunas precisiones previas. Una sociológica: el dinamismo de cambio social es claramente urbano, pues son las ciudades las que marcan tendencia, posteriormente seguidas por el mundo rural; y aquí las fuerzas renovadoras cuentan con ventaja, mientras que el PP y sobre todo el PSOE tienen un serio lastre. Otra histórica: en nuestro país, los dos cambios democráticos más importantes del siglo xx tuvieron su punto de inflexión en sendas elecciones municipales, en los años 1931 y 1979. Y una tercera consideración pragmática, casi de mercadotecnia: la visibilidad de las grandes ciudades acaba configurando un estado de opinión que influye, con un cierto «efecto arrastre», a las demás poblaciones pequeñas.

Así, el previsible cambio en las alcaldías de las principales ciudades puede tener un efecto muy relevante a la hora de configurar el escenario político español y marcar de este modo las próximas elecciones generales. Manuela Carmena en Madrid, Ada Colau en Barcelona y Mónica Oltra en Valencia (tres mujeres en candidaturas de unidad de la izquierda renovadora), junto

con los cambios en otras muchas ciudades significativas, pueden tener un gran impacto más allá incluso del efecto mediático que suponen. ¿Hay una España urbana progresista y una España rural conservadora? Puede ser. Pero si hasta ahora lo leíamos en términos políticos clásicos, ahora la lectura es más bien sociológica y quizá señale simplemente la velocidad del cambio (cultura urbana más dinámica, mundo rural más asentado, combinado también con una cuestión complementaria: la generacional, la diferencia de edad); las elecciones municipales y autonómicas han indicado la dirección y ahora falta por ver el ritmo.

Eje ideología-pragmatismo

Si la política clásica está marcada por las ideologías férreas y la organización firme, numerosas voces vienen reclamando desde hace tiempo una flexibilización del sistema, incorporando por ejemplo elecciones primarias o listas abiertas. El riesgo de los modelos anglosajones, además de agudizar el bipartidismo (por el modelo en que *the winner takes it all*), es que favorece a los candidatos fuertes y con recursos económicos. Si además se introduce el elemento de la mercadotecnia electoral, el asunto se complica aún más. La parte positiva es que se prima a la persona frente al partido, reforzando la cercanía con el ciudadano, la rendición de cuentas y el centrarse en los problemas concretos. Aunque no se ha formulado explícitamente de este modo, las elecciones municipales y autonómicas que estamos comentando suponen un paso significativo en este terreno.

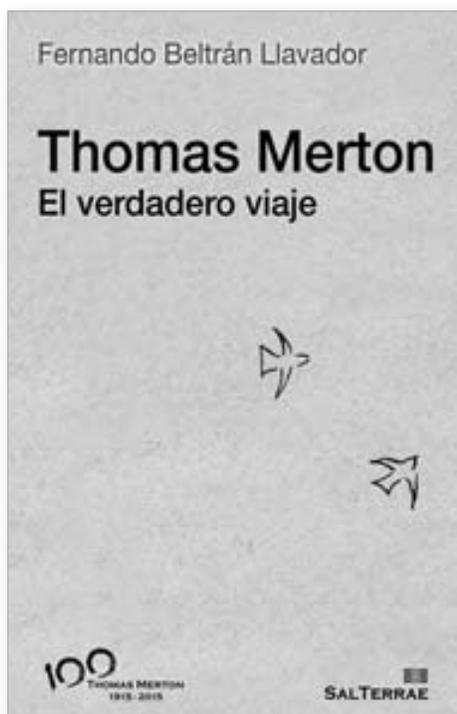
Por un lado, las fuerzas emergentes han subrayado la novedad y la frescura de su propuesta, intentando presentarse como agentes de cambio y renovación, no identificados con ideologías caducas, centrados en la ciudadanía y sus problemas. Un enfoque postmoderno a la política, podríamos decir. Por otro lado, en los partidos tradicionales hemos visto también movimientos curiosos. Algunas candidaturas muy relevantes no han presentado programa electoral, sino un sencillo decálogo de compromisos. En algunas ocasiones, han apostado por «versos sueltos» y el resultado

de esa apuesta ha tenido impacto; fijándonos en Madrid, por ejemplo, Cristina Cifuentes obtuvo un mejor resultado que la presidenta del PP, Esperanza Aguirre, mientras que en el PSOE el independiente Ángel Gabilondo recibió 170.000 votos más que Antonio Carmona, candidato a la alcaldía. Aquí influyó también el prestigio de Manuela Carmena, candidata de Ahora Madrid (agrupación de Podemos junto con el vigoroso municipalismo de Ganemos), que obtuvo mejores resultados que el perfil técnico y menos conocido de José Manuel López. Los aparatos de los partidos han funcionado con más o menos habilidad y acierto, pero es evidente que la ciudadanía ha votado con inteligencia y madurez.

Conclusión

No resulta fácil y no parece sensato extrapolar los resultados de estas elecciones autonómicas y municipales a las elecciones generales que tenemos ya en el horizonte. Es muy posible que la traslación cuantitativa de este escrutinio a un nuevo Congreso de los Diputados diese un resultado ingobernable. Pero no se trata de una cuestión cuantitativa, sino cualitativa. Ha cambiado el escenario. Y hay que apostar por una nueva cultura del diálogo y del pacto, con el horizonte fijo en el bien común de la ciudadanía. Tras meses de apasionantes encuestas, no siempre coincidentes ni limpias de intereses particulares, estas elecciones son la gran encuesta. En las próximas semanas tocará dialogar y negociar para llegar a acuerdos sensatos. Confiamos y pedimos que los actores políticos estén a la altura de las circunstancias. Deben actuar prestando atención al gobierno local, aunque es normal que tengan un ojo puesto en las siguientes elecciones generales. Pero la ciudadanía exige que actúen con pragmatismo y responsabilidad. ■

SALTERRAE



FERNANDO BELTRÁN LLAVADOR

Thomas Merton

El verdadero viaje

160 págs.

P.V.P.: 9,95 €

La visión profética y el valor del legado espiritual de Thomas Merton están teniendo cada vez mayor reconocimiento. Su correspondencia con el papa Juan XXIII, su encuentro con el Dalai Lama, sus escritos, su denuncia de la guerra, su compasión para con la familia humana, su sensibilidad ecológica y el lenguaje moderno con que supo acercar la sabiduría de tradiciones contemplativas milenarias a la comprensión del siglo XX son, especialmente hoy, fuente de inspiración y luz en momentos de cambios sin precedentes.



Apartado de Correos, 77 - 39080 Santander (ESPAÑA)
pedidos@grupocomunicacionloyola.com
